

Editorial

Imposturas, militancia y producción científica

GASTÓN JULIÁN GIL *

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas /
Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina

Cuando en 1995 tomó estado público el “affaire Sokal”, algunas de las bases de disciplinas de las ciencias sociales y ciertos modos de la escritura académica parecieron socavarse sin remedio. Alan Sokal, un físico de la Universidad de Nueva York (NYU) había publicado un artículo paródico en una notoria revista de Estudios Culturales, *Social Text*, y había recibido comentarios por demás elogiosos. El fervoroso entusiasmo generalizado por “Transgrediendo los límites. Hacia una hermenéutica de la gravedad cuántica” (Sokal, 1996) se sostenía, en gran parte, en el valor que representaba que la física pudiera ser abordada con las herramientas analíticas de los estudios culturales y que se plantearan afirmaciones tales como la ineluctable historicidad de π , o poner en duda la validez de sostener una hipótesis en virtud de su contenido empírico. La parodia, engaño, o como quiera llamársele al “experimento” propiciado por Sokal, derivó en un libro publicado por el mismo autor, titulado *Intellectual Impostures* (Sokal & Bricmont, 1998). Más allá de la discutible rigurosidad de los capítulos de ese libro que acompañan el artículo publicado originalmente en *Social Text*, Sokal alertaba sobre uno de los problemas que aquejan a los modos de practicar la ciencia, el comportamiento público de los académicos, la política y, hasta podríamos agregar, la sociedad en su conjunto: las imposturas.

En efecto, la figura del impostor, que se traduce en categorizaciones diversas según cada campo social y cultural, invade cualquier espacio de sociabilidad. En directa relación, en los editoriales de esta revista se han abordado los dilemas y desafíos que enfrentan los campos científicos y académicos ante el uso sistemático de “la doble vara” o, para expresarlo con más precisión, el doble estándar, las asimetrías o incluso *doblepensar*, en homenaje al genial George Orwell y su distopía 1984.

* Investigador Principal del CONICET. Profesor titular regular de Antropología y Director del Centro de Estudios Sociales y de la Salud (CESyS), Facultad de Ciencias de la Salud y Trabajo Social, Universidad Nacional de Mar del Plata. Email: gasil@mdp.edu.ar  <https://orcid.org/0000-0002-8112-2119>

Tal vez no haya figura que mejor encarne las imposturas y el doble estándar que la del militante. Como plantea José Emilio Burucúa en su reciente *Civilización. Historia de un concepto* (2024) “el hecho lingüístico de que el ejercicio cívico de la política tienda a confundirse con la militancia no sería un dato menor de la deriva descivilizadora de los acontecimientos. Después de todo, milites significa «soldados», no ciudadanos” (Burucúa, 2004: 36). En idéntica clave eliasiana, los editoriales de *Aiken* (Gil, 2024) también han alertado sobre la desmesura que abraza a los mundos contemporáneos, y en particular a la Argentina en todos los ámbitos de la sociabilidad cotidiana. La moderación, traducida peyorativamente como tibieza o directamente cobardía, ha sido colocada en las últimas décadas como un opuesto polar a la santificada figura del militante, epítome del *compromiso*, la lucha por la justicia, la igualdad y la equidad.

De todos modos, más allá de los climas de época, las imposturas difícilmente gocen de eficacia eterna. Recientes sucesos ocurridos en la Argentina han expuesto diversas tramas en las que han quedado al descubierto de forma virulenta de qué manera la defensa de las causas nobles queda atrapada en las lógicas y compromisos militantes de facción. Cuando esas imposturas alcanzan tal exposición, terminan por profanar esas causas y, por ende, cultivan la diseminación de posturas reaccionarias que antes circulaban bajo la superficie. El contexto se hace todavía más adverso para el sostentimiento de ideales de equidad e inclusión cuando además las tendencias dominantes (por ejemplo, los liderazgos políticos) y la opinión pública parecen encaminarse en direcciones opuestas o, al menos, no tan favorables. En ese sentido, el feminismo ha experimentado en la Argentina una serie de sucesos que han hecho tambalear los cimientos de sus justas por entregar sus banderas a intereses sectoriales o corporativos.

Hace unos meses, un notorio periodista del área de internacionales, docente universitario y también militante *nacional y popular* fue objeto de una catarata de denuncias por violencia de género y acoso, muchas de las cuales se remontaban avarias décadas. El episodio tomó estado público a partir de la intervención de un periodista de un medio “hegemónico” en la red social X, y a partir de allí se difundió una profusa cantidad de situaciones de diversas características que nunca habían ni siquiera merecido intervenciones vinculadas con el control social informal. Si bien en este editorial no se analizarán las razones por las que comportamientos tan rechazados ni siquiera habían recibido una condena social, sí se pretende abordarlas desde la problemática de las imposturas. Estos casos, precisamente nos enfrentan a la debilidad con la que desde la militancia se defienden ciertas causas, ya que una grosera selectividad argumental y moral con la que se trata a quienes reciben acusaciones suele imponerse de manera situada, cuando no interesada. La aplicación normativa y lineal de categorías como patriarcado, hegemonía u opresión, puede derivar en clichés vacíos de contenido y lecturas simplistas que estimulan la protección de los propios al transformar las acciones individuales aberrantes en pecados colectivos del bando “opresor”. Así es que la insistencia en hallar micromachismos o culpabilizar a un género por su historia y su potencial capacidad de daño pueden convivir con la protección corporativa de abusadores expresos, públicos *aliados* con militancia probada del lado de los “buenos” y defensores de todas las causas nobles. En el caso aludido, los rápidos posteos en las redes sociales aludiendo a la “culpa espantosa” de los “los pactos de hombres” se aglutinaron para diluir con cierta efectividad las responsabilidades individuales indelegables de abusadores y sus protectores militantes cuyos nombres son por demás conocidos. Respuestas similares se adoptaron en casos de mayor impacto que involucraron a personalidades políticas del “arco progresista”, por ejemplo en Argentina o en España, en un caso el mismo ex primer mandatario. Allí, la sororidad selectiva llegó a tal punto que hasta trascendieron mensajes de una descollante referente del feminismo académico a un grupo de colegas en los que negaba enfáticamente que el ex presidente hubiera golpeado a su pareja, a quien además culpabilizaba por la relación “tóxica” a causa de una adicción. Se podría continuar con muchos otros ejemplos recientes y cercanos a los campos académicos y científicos, como los ejercicios públicos de memoria selectiva que académicos ex funcionarios ensayaron sobre la pandemia. Esas groseras formas de despegarse de los efectos socioeconómicos de los confinamientos y, en particular de la figura del ex presidente

de la Nación, constituyen otras tantas muestras elocuentes de las imposturas pero también de los peligros de colocar a la ciencia y a sus instituciones bajo la tutela de las agendas y los intereses de la política partidaria.

El ejemplo final está referido a los debates coyunturales que rodean al campo académico argentino y su relación con el gobierno nacional. En ese sentido, las declaraciones presidenciales señalando que “la universidad pública nacional sólo le sirve a los hijos de la clase alta” nos conduce otra vez a los territorios de la impostura y, también, la explotación y exaltación del resentimiento. En ese contexto, las tensiones entre el gobierno nacional y el sistema científico y las universidades continúan con escaladas repentinas y períodos de cierta calma y silencios tirantes. Las agresiones espasmódicas por parte de algunos funcionarios parecen haberse instalado como prácticas corrientes que desencadenan las lógicas respuestas frente a tamaña sobreexposición de ignorancia en la que incurren actores políticos como el vocero presidencial. Amparados en la vaga noción de “de dudoso impacto social”, los títulos de algunos *papers* están siendo utilizados como ejemplos viciosos de la inutilidad que implicaría el financiamiento estatal a la ciencia y tecnología, discusión por demás anacrónica e inverosímil para los tiempos que corren. La apelación sistemática a los ya mitológicos, en el sentido de Lévi-Strauss (1968; 2002), *papers* sobre el del Rey León o el año de Batman, devienen tentaciones irresistibles para que funcionarios que ni siquiera acreditan un conocimiento superficial del funcionamiento de la ciencia en las sociedades contemporáneas, emprendan el indefectible camino del ridículo. La más reciente mención pública de algunas publicaciones de investigadores y becarios del CONICET como ejemplos de irrelevancia y de ese mencionado “dudoso impacto social” a partir del título de los textos podría formar parte de un episodio humorístico (digno de Monty Python) si no se tratara de asuntos de tanta seriedad y de personajes de relevancia en la política nacional. El caso de la investigación arqueológica confundida, por el empleo del término deconstrucción, con un ensayo posestructuralista, desafía cualquier verosímil para la gestión pública.

La nueva publicación

El nuevo número de *Aiken* vuelve a ratificar los principios que dieron origen a esta revista, en lo fundamental la amplitud y pluralismo temático, disciplinar y metodológico. En esta ocasión, los artículos reflejan diversas apuestas metodológicas y abordajes teóricos que se concentran en temas que van desde las políticas públicas en salud en un estado subnacional de la Argentina, la relación entre las creencias religiosas y la aceptación de las diferentes formas de muerte médica asistida en México, un icónico programa de televisión argentina entre las décadas de 1960 y 1980 y un estudio epidemiológico de la Enfermedad Pulmonar Obstructiva Crónica (EPOC).

En el primero de los artículos, Andrés Peranovich se ocupa de la EPOC en relación al aumento en la mortalidad acaecido en el siglo XXI, en tanto relevante causa de morbilidad discapacitante en todo el mundo. Así es que en “Distribución regional de la carga de Enfermedad Pulmonar Obstructiva Crónica en Argentina, 2018” analiza la distribución geográfica de la carga de morbilidad que produce esta enfermedad en la Argentina, sobre todo para la población de 40 a 75 años, desagregando los datos también por sexo y grupos quinquenales de edad. De esta forma, el autor muestra que una mayor carga de morbimortalidad de la EPOC se produce en las regiones de Cuyo y centro del país, mientras que la menos afectada es la región Noroeste. El estudio también evidencia una mayor morbimortalidad masculina, aunque las variaciones regionales revelan brechas notorias que justifican la necesidad de datos estadísticos más exhaustivos que permitan una mayor desagregación geográfica sobre la prevalencia de la enfermedad, insumo indispensable para emplear de mejor manera los recursos preventivos y de intervención, tanto a nivel local como nacional. El autor concluye que “aunque se han hecho esfuerzos para disminuir la prevalencia y mortalidad por EPOC, todavía falta mucho para poder lograr una reducción más importante, sobre todo teniendo en cuenta el actual proceso de envejecimiento de la población y

el aumento de la contaminación ambiental” (p. 19). A ello le agrega las dificultades diagnósticas propias de la enfermedad y la importancia de la provisión de medicamentos para tratamientos prolongados y del manejo del equipamiento apropiado.

En “Deporte, TV y espectáculo. Narrativas sobre el ascetismo, las moralidades y la «violencia deportiva» en el catch argentino durante la década de 1960”, Juan Branz se ocupa de un programa de televisión icónico en la Argentina durante décadas y que marcó la infancia de muchas generaciones en el país, *Titanes en el Ring*. El recorte del corpus se circunscribe al primer período del programa, pero es por demás representativo del modo en que se espectacularizó el *catch* en la Argentina con los niños como destinatarios principales. Una serie de combates simulados en los que se combinaban disciplinas como la lucha grecorromana o las artes marciales conformaban la estructura de un programa que marcó altos índices de audiencia y que transformó en celebridades a varios de sus personajes. El autor coloca al programa como un dispositivo de la modernidad que operó como un modelo pedagógico que ofreció una “renovada noción de ciudadanía” que además “reforzó ideas dominantes sobre salud, ascetismo y moral” (p. 23). En el texto, se establece una relación entre deporte y espectáculo “que volvía accesible diferentes imágenes y narraciones en torno a una idea de justicia y definiciones morales, encarnadas en luchadores que oscilaban entre la vergüenza y el honor (de acuerdo a la dinámica cambiante del combate). De un circuito urbano de ocio (Luna Park) a la televisión, el catch constituyó un espectáculo en el que prevaleció la acrobacia y el humor, y que garantizó la persistencia de una imagen masculina extraordinaria, asociada a la fuerza física y la destreza corporal” (p. 44). De allí que el propósito general del autor sea ofrecer una contribución a la comprensión de las subjetividades contemporáneas relacionadas con las actividades deportivas y los medios de comunicación.

Alicia Ordóñez Vázquez y Gustavo Ortiz Millán presentan “La religión en México y su relación con las decisiones al final de la vida: encuesta de opinión a población general”. Este estudio cuantitativo aborda las correlaciones entre las afiliaciones religiosas y las formas en que las personas se manifiestan frente a la toma de decisiones sobre el final de la vida, de manera fundamental la eutanasia y el suicidio asistido. Los datos muestran que más allá de la importancia que se le asigna a las creencias religiosas en diversos contextos regionales y nacionales, en este caso quedan relativizadas frente a una tendencia creciente a la aceptación de diferentes formas de muerte médica asistida con el objeto de evitar el dolor y sufrimiento al final de la vida. Los autores se manifiestan además a favor de desarrollar políticas públicas y sancionar legislación tendiente a ofrecer alternativas frente a escenarios de estas características. Por ello es que plantean la necesidad de que “especialistas en bioética, derecho, medicina, sociología, realicen estudios para formular propuestas que vayan encaminadas hacia políticas públicas enfocadas a más y mejores cuidados paliativos, que permitan proporcionar alivio al sufrimiento, y si la decisión de las personas es ya no seguir sufriendo entonces que elijan la muerte médica asistida” (p. 63).

Por último, Nadia Hoyos, Horacio Pereyra y Laurencia Silveti realizan una descripción y caracterización del sistema de salud de la provincia de Santiago del Estero en la que sistematizan la composición y distribución de establecimientos sanitarios para de esa manera dar cuenta de la capacidad de respuesta institucional y las políticas sanitarias provinciales. Para ello se valen de una importante diversidad de datos (información oficial de la provincia, informes institucionales, censos nacionales, entrevistas a referentes del área de salud) que, sometidos a un análisis conceptual, les permite identificar instituciones clasificadas por nivel de atención y zona geográfica, programas de salud disponibles y datos estadísticos de situación de salud. Entonces, aseguran “reconocer una configuración de políticas sanitarias que se orienta desde organismos internacionales y busca dar respuesta sanitaria adecuada a partir de la distribución de centros de salud. Sin embargo, estos hechos, por sí solos, no logran garantizar el acceso a personal y servicios de salud principalmente según zona geográfica, edad y género” (p. 68). Entre las dimensiones de relieve del artículo se muestran la opacidad de los datos públicos (ya sea por

ineficiencias estadísticas y/o resistencias de las burocracias estatales) y las ficciones legales sobre las que se montan las políticas públicas, por lo que no se encuentran ni celebraciones complacientes de un partido político ni tampoco los cuestionamientos fáciles y simplistas a cualquier gestión pública, ya que estamos en presencia de un intento honesto de describir y comprender la complejidad de los problemas sociosanitarios que continúan no sólo sin resolverse sino sin ofrecer mejoras significativas en dimensiones como cobertura, mortalidad infantil, embarazo adolescente y calidad ambiental.

Bibliografía

- Burucúa, Emilio (2024). *Civilización. Historia de un concepto*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Gil, G. J. (2024). Ciencia, Estado y universidad en tiempos de desmesura. *Aiken. Revista de Ciencias Sociales y de la Salud*, 4(1), 5–9. <https://eamdq.com.ar/ojs/index.php/aiken/article/view/69>
- Lévi-Strauss, C. (1968). *Antropología estructural*. Buenos Aires: Eudeba.
- Lévi-Strauss, C. (2002). *Mitológicas. Lo crudo y lo cocido*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Sokal, A. D. (1996). Transgressing the boundaries: Toward a transformative hermeneutics of quantum gravity. *Social text*, 46/47, 217-252.
- Sokal, A. D. & Bricmont, J. (1998). *Intellectual Impostures*, London: Profile Books.